

A propósito de una encuesta

Por LUIS MANZANEQUE FELTRER

Comandante de Aviación.

EN el número de febrero de 1933, la *Revista de Estudios Militares* anunció una encuesta que comprendía, entre otros, los siguientes temas:

Organización más conveniente para las unidades de Infantería y Artillería.

Organización para las combinaciones de ambas Armas, sin pasar de la división.

Fisonomía del combate y empleo de las Armas combinadas.

Durante los años 33 y 34 han aparecido sucesivos artículos de jefes y oficiales de las distintas Armas que tratan con gran acopio de conocimientos los diferentes temas—con preferencia el segundo de ellos—, y con marcadas coincidencias doctrinales, aun cuando en las soluciones no haya existido la misma identidad.

El propósito de la encuesta es tan interesante y las enseñanzas que pueden deducirse de ella son tan valiosas, que nos ha parecido conveniente reseñarla en nuestra revista, haciendo un breve resumen de lo expuesto, obviando la posibilidad, para nuestros compañeros que no sean suscriptores de *Estudios Militares*, de que no la hayan seguido con continuidad, y pensando que la mejor propaganda que puede hacerse de la necesidad de atender al estudio de la guerra integral—planteado por una fuerza nueva cuya acción se ha de superponer a la de las fuerzas tradicionales—ha de ser la atención a las cuestiones que palpitan en las organizaciones militares, distintas de aquellas a que estamos consagrados, no desentendiéndose de las disertaciones y polémicas alrededor de ellos debatidas. Nuestra procedencia del Ejército nos obliga también a que la compenetración con él no se debilite, y para ello será muy útil mantener al día nuestros conocimientos respecto a sus problemas, siendo muy acertada la extensión a los temas de la guerra naval, ya iniciada con la asistencia de jefes de Aviación a su Escuela de Guerra, en la que tan interesantes enseñanzas se cursan.

Vamos a hacer una referencia o enumeración de los diferentes conceptos y opiniones emitidas por los articulistas, intercalando algunas sugerencias que nos han producido, pensando en la influencia que el arma aérea tendrá en la guerra terrestre y en el carácter de agilidad, ligereza y autonomía que la habrá de imponer.

Aunque por sabido fuera ocioso, nos parece obligado reconocer nuestra menor competencia para enjuiciar sobre estos asuntos, en los que ellos son especialistas y cuya preparación y formación profesional es sin duda más completa; por ello hemos de limitarnos a argumentar siempre con sus opiniones, haciéndolo las más veces con "pluma ajena".

Fisonomía de la guerra

Sabida es la protesta o repugnancia sentida en el ambiente militar contra el carácter de la guerra pasada, esta-

bilizada en la mayor parte de los frentes; los tratadistas afirman que fué un fracaso del Arte Militar; el hecho es que fué una realidad impuesta por las masas que entraron en choque, eso sí, imprevista o por lo menos apenas percibida, por la doctrina imperante.

¿Se repetirá en una guerra futura? Las predicciones dicen que no; lo probable sería que la Aviación no diera lugar a movilizar aquellos contingentes ni permitiera municiónarlos, y al resolverse la lucha con efectivos menores y en menos tiempo, se puede suponer que la maniobra imperaría otra vez, volviendo por los fueros del Arte de la Guerra; pero los preparativos no parecen confirmarlo de modo absoluto, y aunque se propugna otra vez la acción "brusca" con la preponderancia de unidades mecanizadas y *célères* equipadas para esas ofensivas (Von Seeckt, Fuller, etc.), o de unidades de frontera de movilización instantánea que formen una cortina de seguridad (Targe, Gertsch), en los reglamentos y en la organización de las unidades se percibe aún una preocupación y un acopio de elementos para la guerra de trincheras que podría ser una rémora para la guerra de movimiento.

Así lo siente el teniente coronel Aspe cuando dice: "Pues bien, todas estas medidas y estas disposiciones tomadas en la estabilización, sin duda también por haber sido modalidad inesperada o por haber abarcado aquélla la zona de la lucha en que se batieron los contingentes más numerosos y mejor dotados, dejó impresa una honda huella en reglamentos, libros, artículos y revistas; resultando de esto, que a las normas y determinaciones, no ligeras pero sí flexibles, de las doctrinas que antes de la guerra atendían a los varios aspectos de la lucha, acaso quedándose cortos en la visión del alcance a que arrastrarían las nuevas armas e ingenios, sucedieron después de la guerra unos preceptos que a nuestro juicio estimamos, en cambio, como la rama larga de la horquilla (valiéndonos de este término artillero) en la apreciación del verdadero planteo del problema."

Nuestro problema.—Lo primero que sería preciso fijar es el carácter que habrían de tener nuestras fuerzas del Ejército; concretamente, ¿se trata de unidades que hay que organizarlas para una guerra fuera de la Península (invadiendo o sumándose a las unidades de nuestros aliados) o dentro, para la defensa de nuestro solar?; o por lo menos, ¿cuál ha de ser el fin principal, aun admitiendo que pudieran servir para otros?

Según el comandante Martínez Campos: "Los motivos naturales que pueden inducirnos a una guerra son los siguientes: allanamiento de nuestro territorio por un ejército extranjero, alianza militar con otra potencia y levantamiento en armas del Protectorado de Marruecos. La defensa de nuestro suelo sería, sin duda, el conflicto más importante para nosotros. Es el que ha de servir de norma para la organización de nuestro ejército; tanto más,

cuanto que—según veremos más adelante—un ejército dispuesto para la defensa de nuestro solar patrio, se hallará en condiciones de atender a una campaña colonial o de cumplir los compromisos internacionales que España pueda adquirir.”

Y el teniente coronel Aspe, bajo el epígrafe de “Actuación más probable de nuestras fuerzas y orientación general a que, por consiguiente, debe responder su organización”, dice: “Pero hay que tener en cuenta que la presentación de una situación crítica para el país, si descartamos todo plan de conquista y toda idea de compromiso exterior alguno que pudiera llevarnos fuera del propio territorio, como no fuera una actuación en Marruecos, habría de ser solamente, y así se ha declarado por los dirigentes de nuestra política, la de mantener la integridad y la independencia de nuestro suelo.”

“En este concepto toda nuestra atención parece lógico que habría de dirigirse hacia las fronteras y las costas; todo nuestro esfuerzo se encaminaría, por consiguiente, a procurar el mayor grado de inmunidad para todas las actividades de nuestra patria, y el ejército de tierra en el propio terreno, el del aire en su medio y las fuerzas navales en relación con las defensas terrestres de las costas, habrían de oponerse con una adecuada táctica y una levantada moral a los propósitos del enemigo.”

“Y si así es lógico que suceda, ¿tendríamos que desplegar las mismas normas que los ejércitos extranjeros utilizaron para distintos fines en terrenos diferentes y con gran profusión de medios y caminos? Nosotros creemos que no. Cada país tiene características diferentes en naturaleza, política, medios financieros, etc.; y a esta diferencia de factores, como dice con su alta autoridad el general Foch en sus “Preceptos”, corresponde un tratamiento distinto en lo que al arte de la guerra se refiere.”

“Nuestras guerras civiles y, sobre todo, nuestra guerra de la Independencia, son fuentes copiosas e interesantísimas para obtener fructíferas enseñanzas. A base de estos estudios e intercalando la intervención de los elementos de combate modernos, y observando la modalidad que daría a estas operaciones la acción de la Aviación y la motorización y mecanización de los medios de combate, podrían planearse numerosos ejercicios tácticos por las zonas fronterizas, pero observando y deduciendo conclusiones prácticas, señalando, entre otros puntos: la posibilidad o imposibilidad de servirse de las modalidades tácticas modernas; la facilidad, dificultad o imposibilidad de actuar por sus fuegos la artillería en las grandes masas que hoy manejamos en el gabinete; las funciones interesantes de la caballería; el estado en que se encuentran las zonas que se estudien respecto a red de caminos, extremo de extraordinario interés, no sólo para fijar hasta qué punto se puede llegar en la motorización y mecanización y los gastos que exigirían la multitud de arreglos, reparaciones y preparación y construcciones en caminos, carreteras y puentes, sino para fijar los centros de abastecimiento y forma de realizar éstos.”

Con lo cual queda perfectamente planteado, y a nuestro juicio bien orientado, nuestro problema, estableciendo las

directrices que deberían presidir nuestra organización militar.”

Imposiciones del terreno en la estrategia, la táctica y la organización

Es muy interesante el estudio que de ello hace el comandante Martínez Campos: “Ahora bien, el territorio peninsular consiste en una serie de mesetas escalonadas y otras tantas cordilleras paralelas, de anchura suficiente para permitir una enérgica defensa. Es completamente distinto del que ha servido de base para la mayor parte de nuestros estudios y para la confección de nuestros principales reglamentos. Es un terreno pobre en comunicaciones de todo género; tiene pocas carreteras de primer orden; sus caminos son estrechos y se enfangan fácilmente; es en muchos sitios pedregoso, en gran parte quebrado, y, en general, intransitable para automóviles o carruajes muy pesados.”

“Éstas son las condiciones que reúne la parte de nuestro suelo en que, llegado el momento del conflicto, habremos de entendernos con el invasor; la parte, al menos, hacia la cual habrá de convenirnos atraer a ese invasor, para tener superioridad sobre él, a condición, bien entendido, de hallarse nuestro ejército *en disposición de transitar y combatir por tal clase de terreno.*”

“El territorio español se parece mucho al de Marruecos, más desde luego que al de Francia (en cuyos principios militares buceamos sin cesar); y no conviene olvidar que en Marruecos nos vimos, obligados por el enemigo y el terreno, a emplear *columnas mixtas*, más ligeras, más veloces y más fáciles de abastecer que las divisiones peninsulares; que iniciamos allí nuestra labor con profusión de elementos hipomóviles, para pasar después—obligados, esta vez, por el terreno solamente—al transporte a lomo de casi todo el material; y por último, que lejos de reforzar nuestra Artillería con piezas de más alcance que las divisionarias, hemos tendido únicamente, durante la pacificación, a reemplazarla con obuses de montaña de 105, establecibles en mayor número de asentamientos y en condiciones de disparar por encima de muchas crestas.”

“El terreno, pues, nos ha impuesto una transformación completa de nuestro ejército de ocupación. Pero el enemigo—dirásenos—sería, en España, otro bien diferente. En Marruecos se trataba solamente de combatir con una harca compuesta de tiradores montaraces, sin más equipo que la chilaba y el contenido de su capucha; harca que, en caso de revés, se disgregaba completamente, para reaparecer en el momento oportuno contra el punto más sensible de nuestra fuerza en retirada; harca desligada de todo servicio de retaguardia, y capaz de aprovecharse de los resquicios de su terreno agreste, como no sabría hacerlo el ejército mejor del mundo. Nuestro invasor, en cambio, acudiría en fuerza, con un crecido número de divisiones, dotadas de excelente armamento; encuadradas probablemente en cuerpos de ejército; en condiciones, al menor tropiezo, de reforzar sus propios fuegos, y en disposición de desarrollar una energía siempre creciente si las circunstancias las indujeran a detenerse.”

“Podemos, sin embargo, contestar diciendo que, así como

nuestro ejército, en Marruecos, ha tropezado siempre con las dificultades inherentes a lo agreste de aquel terreno y a la falta de comunicaciones de toda especie, así nuestro invasor, acostumbrado a la llanura y a disponer de una carretera, por lo menos, para cada una de las divisiones, se vería obligado, en España, a salirse por vez primera de los caminos o a disgregar sus elementos bastante más de lo preciso para sentirse fuerte en todas partes."

"Por lo que resultará preciso, para que España sea más fuerte que su invasor—en iguales condiciones numéricas y operando en nuestro terreno—, que sus unidades de combate sean más ligeras, más *célères* y más independientes que las del citado invasor."

"Por lo tanto, al organizar nuestras divisiones, lejos de tratar de averiguar qué elementos traerá el enemigo, para copiarlos, lo que hemos de hacer es enumerar, de los que tiene, cuáles son los que no podrá emplear, porque, prescindiendo de ellos, nosotros ganaremos en ligereza y celeridad. En una palabra, cada vez que las operaciones se desarrollen en una zona en que se ponga de manifiesto nuestra superior movilidad, seremos más fuertes que el enemigo."

"Para determinar la organización más conveniente de nuestras unidades de combate convendrá, acaso, dirigir la vista hacia un ejército que no cuente, entre sus probables campos de batalla, zonas como las bañadas por el Aisne o el Marne, repletas de un sinnúmero de comunicaciones alquitranadas y en los cuales son tantos los caminos utilizables que muchos quedan, por imposibilidad algunas veces, sin consignar en los mapas. Nos convendrá más bien mirar hacia Italia o Suiza, hacia Austria o los Balkanes; hacia cualquier parte, menos hacia Francia."

Y matiza la actuación de nuestras tropas, diciendo: "Nuestras divisiones tendrán que aventurarse rápidamente por terreno agreste. No han de tropezar, por consiguiente, en un principio, con grandes resistencias. No han de tener que organizar, durante el primer período de la lucha, ni un ataque contra un frente protegido ni la defensa de un sector organizado."

"Lanzadas con celeridad por un sector quebrado, lo que buscarán, precisamente, será el no hallarse enfrente de un enemigo superior. Elegirán el eje de progresión que aquél no pueda seguir con sus unidades de combate semipesadas. Por consiguiente, sólo tropezarán con elementos especiales, veloces, escasamente dotados de artillería y que tampoco habrán podido ser reforzados."

"Acaso nos convendrá prescindir de rechazarlo y contentarnos, como otras veces, con hostigar sus flancos y su retaguardia, hostilizarlo a todas horas y molestarlo en todo tiempo, para que maltrecho, humillado y harto de no encontrar a quién vencer, emprenda la retirada, abandonando, como el propio Napoleón, el terreno que nos pertenece."

"Son éstas precisamente las circunstancias que siempre hemos aprovechado, en nuestras contiendas civiles o contra el invasor, para hacernos fuertes en todas partes. Son circunstancias que hemos de seguir aprovechando, cualquiera que sea el enemigo que se nos presente, para tratar de rechazarlo de la Península. Son circunstancias con las

cuales tropezamos a cada paso, al estudiar sobre una carta o al practicar en el terreno. Mas son al propio tiempo circunstancias que, en gran parte, hemos olvidado al redactar los reglamentos que hoy tenemos."

Como se ve, la modalidad que suponen a la actuación de nuestras tropas no puede ser más nacional, y las fuentes de inspiración, más tradicionales. Nos hallamos, gracias a Dios, en un ciclo de nacionalismo militar.

El carácter que deben tener nuestras unidades

Todos los articulistas parecen desenvolver sus ideas y argumentaciones aceptando esas hipótesis y vienen a coincidir en cuatro conceptos que forman una misma opinión doctrinal: la necesidad de *montañizar* el equipo de nuestras unidades; la necesidad de hacerlas más ágiles y flexibles; la necesidad de emplear en la mayor escala posible el principio del refuerzo, y la imposibilidad de llegar a la densidad de ocupación de los frentes que asignan los reglamentos.

Verdaderamente, resulta incomprensible que nuestras unidades de montaña estén reducidas a ¡¡ ocho batallones y dos regimientos de Artillería!!

El capitán de Estado Mayor Soraluze se pregunta: ¿por qué las tropas de montaña han de ser minoría? Y propone que sean lo normal. El comandante García Colomo cita la opinión de Martínez Campos, que preconiza que "imitemos a Italia en su tan recomendable precepto de que todas las unidades deben ser aptas para combatir en la montaña", y aboga por el empleo del transporte a lomo en gran parte; y este mismo aboga por la conveniencia de seguir la idea italiana de "soldar el motor al mulo, sin pasar por el caballo".

El comandante Serrano también lo comprende así: "En España es indispensable que todas las unidades estén preparadas para combatir en la montaña, puesto que la defensa contra una invasión por nuestras agrestes fronteras absorbería todas las tropas que nos proporcionaría la Nación en armas; y hasta en el caso de ser necesario oponerse a un desembarco, operación cada día más difícil y menos frecuente, son muy escasas las zonas de nuestro litoral en que, para impedirlo, no hubiera que apoyarse en la montaña. Y si tal realidad habrá de presentarse, lógico es que nos preparemos resueltamente para afrontarla. La clasificación en tropas de montaña y tropas de línea está justificada en las naciones de grandes medios y potente preparación militar o en aquellas otras en que su territorio contenga pocas porciones montañosas; en nuestro Ejército, en cambio, no tiene justificación en ninguno de estos dos aspectos, y menos aún encontramos justificación si pensamos que un Ejército preparado para luchar en la montaña podrá hacerlo fácilmente en el llano, mientras que la recíproca no se verifica."

El teniente coronel Varona exalta el principio de la movilidad, señalando en las ideas actuales un inusitado incremento en el valor del principio de la movilidad (en crisis durante la guerra pasada).

Posibilidad que a juicio de Martínez Campos depende muy principalmente de las vías de comunicación: "Hay

montañas repletas de carreteras labradas en la roca y utilizables por toda clase de vehículos, por las que pueden transitar grandes ejércitos; hay, en cambio, territorios casi llanos cuyos caminos vecinales apenas sirven para las carretas del país, por los que torpemente se mueven los batallones de Infantería. Y es que la posibilidad de desplazamiento en cualquier sentido depende casi principalmente de la naturaleza de las comunicaciones existentes."

"Tenemos pocas carreteras, pero queremos operar con los frentes adoptados por los países que tienen muchas. De resultas, la carretera indispensable para el ejercicio y que en época de guerra sería más necesaria aún, se le asigna inmediatamente a la división efectiva, generalmente única, que forma parte del ejército nacional. A derecha e izquierda, el terreno se complica, se ondula ligeramente. Carreteras paralelas a la anterior no las hay en todo el frente, y el problema se soluciona, únicamente, recurriendo a las tropas de montaña. Necesitamos, por consiguiente, de ellas en zona montañosa y fuera de la misma; mas siéndonos imposible reclutarlas directamente, no tenemos más recurso que el de copiar a Italia y preparar todo el Ejército para operar fuera del llano."

En resumen, teniendo en cuenta "la escasa densidad de la red de comunicaciones española; las deficientes condiciones de los caminos vecinales, a veces demasiado estrechos para nuestros elementos hipomóviles militares y casi siempre intransitables para los automóviles, y la conveniencia de recurrir a dichos caminos—a pesar de sus deficientes condiciones—y aun de salirse de ellos cuantas veces sea posible, por ser ésta la única manera de aprovecharnos de las ventajas tácticas que ofrece el territorio de la Península, si se quiere llegar a la uniformidad indispensable para facilitar el enrocamiento de las unidades, será preciso que sean todas ellas divisiones a lomo".

El principio del refuerzo.—Pero agotada la sorpresa, llevada a cabo la toma de contacto y desaparecidas las circunstancias que hayan permitido aprovechar nuestra mayor celeridad, para rechazar a un enemigo que haya tenido siquiera un par de días para organizarse o para establecerse ellas mismas en posición, será preciso reforzar la potencia de nuestras armas y *durar más que el enemigo*, entrando de lleno en la utilización del principio del refuerzo, sancionado en la guerra pasada para el arma de Artillería; refuerzo que habrá de efectuarse lo más rápidamente posible, desde los escalones superiores a las divisiones, para no disminuir la movilidad de éstas, y que tiene tan decidido valedor en Martínez Campos, que lo resume pidiendo que sólo se asignen a las divisiones aquellos elementos que siempre serán indispensables "tres días de cada tres", reservando para las unidades superiores (grupos de divisiones y ejércitos) aquellos elementos que se pueda suponer que sólo intervendrán en la batalla "dos días de cada tres o un día de cada tres".

Opinión que comparte el comandante García Colomo cuando dice: "practicando en gran escala el principio del refuerzo circunstancial". Y el teniente coronel Varona se pregunta: "¿De que nos servirá el exceso de potencia de fuegos de la división en los casos normales en que la resistencia en la zona de ataque no rebase el tipo medio? Su

utilización, bien sea de modo continuo o como reserva para los casos de resistencias anormales, además de estar en oposición con el principio táctico de economía de fuerzas, será en el aspecto económico excesivamente oneroso." Por lo cual reconoce que "aumenta extraordinariamente en interés el principio de la teoría del refuerzo" y aconseja el "incremento de la movilidad y máxima utilización de la teoría del refuerzo".

En fin, terminan señalando la necesidad para nuestras unidades de cubrir frentes superiores a los asignados por los reglamentos, por la dificultad o imposibilidad de encontrar caminos para moverlas, obligando incluso a dejar desamparadas extensiones considerables de terreno, deficiencia que sólo podrán obviar unidades de Caballería.

La división cuaternaria y la ternaria

Pero estas coincidencias doctrinales se diversifican al llegar a las soluciones, polarizándose en dos tendencias: la división ternaria, con un regimiento de Artillería, y la cuaternaria, con dos regimientos de Artillería, articulada en dos brigadas mixtas cuya acción pudiera ser autónoma.

Parece más acertada la primera solución, porque a nuestro modo de ver, el módulo para la formación de la unidad mixta elemental debería ser el regimiento de Artillería y para guardar la relación hoy aceptable, en una unidad que se quiere que cuente con todos los elementos y sólo aquellos que han de ser utilizables los "tres días de cada tres", los regimientos de Infantería habrían de ser tres, como hasta 1914 habían sido cuatro. Y esto contando con que se supiera articular de forma que fácilmente se formaran tres columnas mixtas de regimiento, que tanto hemos usado nosotros en Marruecos; que el coronel suizo Petitpierre sugiere para los Alpes; que preconiza autoridad tan destacada como el general Debenev, y a la que habría seguramente que recurrir en muchos de los altos valles del Pirineo, porque la compartimentación del terreno lo impondrá.

Esto tendrá la ventaja de que con el mismo número de regimientos se aumentará el de las grandes unidades, con valor inapreciable para la mayor elasticidad del despliegue (como luego veremos) y facilidad de reunión para fines de instrucción y ejercicios de mando tan escasos todavía.

Ahora bien, con ello, y dando por descontado que se *montañice* el equipo de todas las unidades, como por unanimidad recomiendan todos los articulistas, no queda satisfactoriamente resuelto el problema de la movilidad. Según el comandante Serrano, una división con todos los elementos que le señala nuestro reglamento de Grandes Unidades, tendría sobre un camino una profundidad de 44 kilómetros y tardaría once horas en desfilar; y una división ternaria en que se suprimiera también la fracción proporcional de todos los demás elementos, ocuparía unos 38 kilómetros y tardaría en desfilar nueve horas y media, lo cual se diferencia efectivamente poco; claro es que reconocida la necesidad de aligerar las unidades mixtas, no ha llevado el principio a todas sus consecuencias y ha dejado intactos los volúmenes de los regimientos que las componen, en los cuales habría ineludiblemente que aplicar las

ideas y teorías que han ido asentando en el curso de los artículos.

Ya lo prevé Martínez Campos, cuando dice que los batallones habrán de reunir las condiciones de ligereza exigidas para las tropas *célères*. Y lo plantea muy acertadamente García Colomo: "El batallón actual entiendo que es grande, y si bien es cierto que el disponer de cuatro compañías de fusiles y una de ametralladoras le da mayor capacidad y resistencia, creo que es a costa de la agilidad de que antes hemos hablado. Pensando que los franceses tienen tres compañías de fusiles y una de ametralladoras (a cuatro secciones de tres grupos), y recordando la agilidad y eficacia de los tabores y banderas, hay que reconocer que un conjunto de cuatro compañías de fusiles, una de ametralladoras, una sección de máquinas de acompañamiento, una sección de enlace y el tren, tiene mucho que mandar, ya que si un hombre ha de hacerlo, tendrá que tener a su disposición personal y material suficiente para hacer llegar su voluntad en el campo de batalla a todos, y que no sería quizá excesivo que tuviera un segundo jefe. (Véanse artículos de *La France Militaire*.) Y el regimiento, para que tenga un papel táctico definido, es preciso que su coronel tenga, además de los medios necesarios para dirigir la acción de sus tres batallones, algunos elementos con que poder actuar personalmente, que pudiera ser una compañía de máquinas de acompañamiento (si bien éstas han sido dadas a los batallones) y que tuviera un núcleo de ametralladoras pesadas."

Esa misma necesidad de llevar elementos del batallón al regimiento la siente el capitán Vicario, pero la reduce a una unidad especializada en tiros lejanos y antiaéreos. Mas si la guerra en nuestro país ha de tener el carácter de agilidad que tan unánimemente le asignan los articulistas de la encuesta y se había de ser consecuente con esta creencia, habría que llevar al regimiento todos los elementos de apoyo, enlace y tren, y los especiales antiaéreos y anti-tanques, formando un batallón de cuatro compañías y dejar reducidos los dos batallones restantes a tres compañías de fusiles; estos batallones—mandados por comandantes y el regimiento mandado por un coronel con un teniente coronel segundo jefe—vendrían a ser equivalentes a los grupos de regulares que recuerda García Colomo, con la variación natural, impuesta por las necesidades a que habría de hacer frente, de que uno de los tres batallones no sea homogéneo y que se habría reforzado el mando. Con esta solución se habría conseguido aumentar la movilidad de éstos, sin que perdieran la posibilidad de su apoyo inmediato, dando personalidad táctica al regimiento; se habría reducido su volumen; tendría la elasticidad de que fácilmente se agruparían en dos batallones homogéneos todos sus elementos, e ínterin se dispusiera de suficiente material moderno, sería seguramente la solución más práctica.

A tenor de ese aligeramiento de las unidades de Infantería, los regimientos de Artillería divisionarios deberían ser todos a lomo y componerse de tres grupos con dos baterías y una columna de municiones; la necesidad de dar relieve a esa columna de municiones, como hace resaltar el comandante García Colomo, y que debería doblar las dotaciones que se asignaran a las baterías, la hará patente

la Aviación en una guerra futura, como en general cuanto se refiere al refuerzo de los abastecimientos y medios de transporte; siendo fácil, cuando las circunstancias lo requirieran, su reunión en dos grupos de tres baterías y un tercero con las columnas de municiones. Esta proporción es aceptable, pues llega a la cantidad de un grupo por regimiento (de efectivos reducidos los dos) como preconiza el teniente coronel Varona.

El teniente coronel Noreña, en su artículo, razona la necesidad de aumentar los efectivos del grupo de reconocimiento divisionario, que deberían consistir en grupos de escuadrones; esto unido a la conveniencia de dar más fuerza a las brigadas de Caballería independiente, llevaría a aumentar el número de unidades de Caballería y batallones ciclistas, dividiendo el regimiento de Artillería a caballo para acercarlo también a ellas. Los regimientos de las brigadas independientes deberían tener un escuadrón de auto-ametralladoras-cañón.

En Ingenieros hay que reconocer que la homogeneidad de las unidades facilita la instrucción, pero el alejamiento de las divisiones a que pertenecen disminuye en mucho la pronta eficacia de éstas, y constituye una preocupación en los movimientos de tropas, que se debe eliminar; por eso parece más acertado que los batallones fueran mixtos de zapadores y transmisiones, que son los elementos que tendrán que utilizar "los tres días de cada tres", y con el centro de instrucción que hoy existe, fácil sería uniformar e inspeccionar la instrucción. Esos batallones podrían reunir, además de los grupos divisionarios, las compañías necesarias para las brigadas de Caballería y las necesarias para los grupos de divisiones, con lo cual se hallarían todas próximas a sus unidades. La instrucción técnica podrían hacerla en común, sin que sus diferencias logísticas fueran inconveniente, ya que en las marchas no tendrían por qué ir reunidas y no se exageraría la subdivisión de unidades.

Las tropas de Intendencia, Sanidad, tren y parques de municiones, contarían, además de sus establecimientos centrales, con depósitos regionales próximos a las estaciones de los tres principales núcleos ferroviarios, que fueran cabeceras de las compañías o secciones que hubieran de estar destacadas en la proximidad de las divisiones.

De este modo, los regimientos apenas pasarían de 2.000 hombres y podría conseguirse que las divisiones que se evalúan en 20-25.000 hombres, quedarán reducidas a la mitad, como las brigadas mixtas que proponen muchos de los articulistas, pero con la ventaja de ser fácilmente subdivisibles en tres columnas de regimiento, en lugar de dos; llenando cumplidamente la primera ventaja que enuncia el teniente coronel Noreña: "Dada la naturaleza de nuestro suelo, es preciso que las grandes unidades no sean demasiado voluminosas y pesadas, y que las columnas que se formen al subdividir aquéllas, dispongan de medios para combatir y subsistir por sí solas, pues el mutuo apoyo y auxilio será difícil, si no imposible, en el terreno comparativamente y montañoso de nuestros posibles teatros de operaciones o de las comarcas en las que, según ha demostrado repetidamente la historia, se apoyaría nuestra defensa nacional."

La organización actual

En el esquema presente, que hay que acusar que no pasó por el Estado Mayor Central, destacan varios defectos: uno, el equipo de las unidades, en contradicción con las características del terreno; otro, la agrupación de las tropas en un número demasiado reducido de grandes unidades para actuar inmediatamente sobre los objetivos de nuestro programa de necesidades; un tercero, el no haber pensado en la creación de unas unidades aptas para la seguridad de la cobertura, como empieza a hacerse en otros ejércitos.

La tracción hipomóvil, que hace preguntar al comandante Serrano lo que serían en nuestro territorio los servicios de mantenimiento empleando esos medios, es la que priva hoy, cuando la resultante de la encuesta es por el contrario la opinión, concretada en la frase de Martínez Campos, de "soldar el motor al mulo". La proporción entre las unidades de línea y de montaña—no siendo todas de esta clase—ha llegado a un mínimo inconcebible: dos brigadas raquílicas (cuatro batallones de Infantería y un regimiento de Artillería), frente a ocho divisiones cuaternarias. Estas, además de inadecuadas para el carácter que tendría una guerra en la Península, pues por lo accidentado del terreno y escasez de vías de comunicación se moverían muy mal, están en pugna también con los principios de la economía de fuerzas y del refuerzo, tan fecundada nuestra modestia de medios; porque desentendiéndose de esos principios, se han volcado sobre ellas elementos que, por no ser indispensables continuamente (dos regimientos de Artillería, una escuadrilla de Aviación, un globo, etc.) rendirían mayor utilidad formando parte de escalones superiores, máxime teniendo en cuenta el carácter de defensiva estratégica asignado al Ejército por las directrices políticas.

El número de grandes unidades—ocho—, agravado por la dislocación de las brigadas de montaña, que no ocupan en el despliegue su sector natural que sería el Pirineo Central (¡; un batallón está en Bilbao!!), reduciendo la extensión asignada a las divisiones, la no utilización de los regimientos de las bases navales (cuya independencia no tiene razón de ser en estos esquemas de cobertura cerrada) ni los de carros que podrían servir de base a una división motorizada para ese mismo fin, y el no haber empleado para esto tampoco ninguna unidad de Caballería; ese número de ocho, resulta insuficiente frente a la localización de los objetivos en la Península y motiva unos alargamientos exagerados de las zonas que ocupan, algunas veces paralelos a las fronteras, circunstancia no siempre fácil de eludir, e incluso a caballo, sobre una escarpada divisoria con precarias vías de comunicación. Con un mapa a la vista, no se acierta a comprender que en este tipo de cobertura puedan emplearse ni más de doce grandes unidades ni menos de diez (contando, desde luego, con una situada en Madrid), según sean de uno u otro volumen o clase esas unidades.

El Sur de la frontera portuguesa está desatendido. En Huelva no hay ningún regimiento, a pesar de tener una cuenca minera tan importante como Ríotinto; Cáceres,

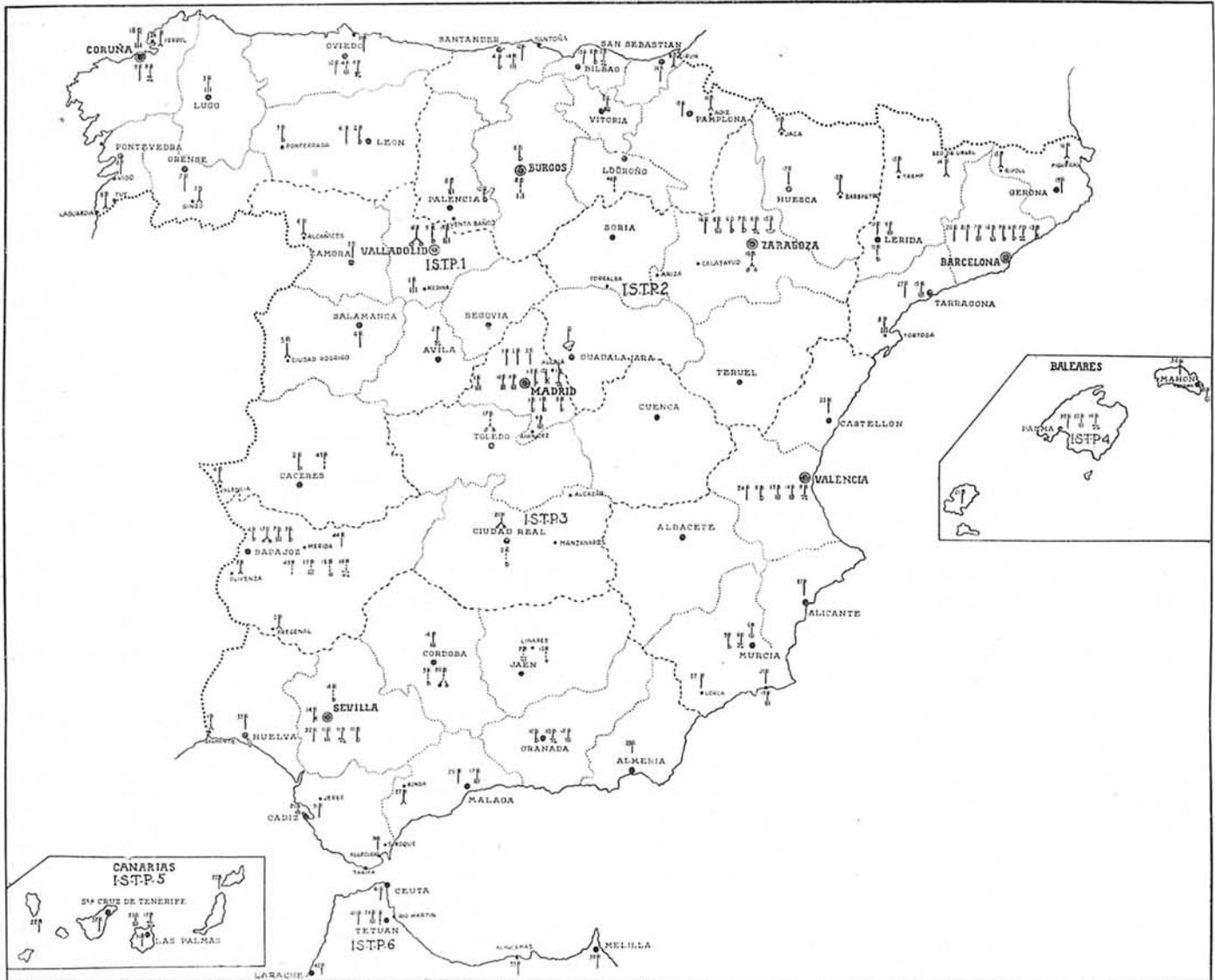
separada por las sierras de Gata y de Francia, que interrumpen las deficientes comunicaciones de esas comarcas, pertenece a la 7.^a división, y Badajoz pertenece a la 1.^a, a pesar de su enorme alejamiento; es lógico contar con esta división para la frontera, pero lo natural sería que marchara sobre Cáceres, llevando las tropas que guarnecieran esta plaza al sector de Badajoz. La 8.^a abarca una zona demasiado extensa y mal comunicada, desde Pontevedra hasta Asturias. La 2.^a resulta alejadísima respecto a la frontera portuguesa y muy internada respecto a Marruecos, sobre cuya conveniencia de tenerlo atendido desde la costa tanto se había insistido. La 4.^a tiene su despliegue cubierto por la 1.^a brigada de montaña, ¿no hubiera sido más lógico tenerla a su flanco izquierdo?, y lo mismo le ocurre a la 6.^a con la 2.^a brigada de montaña; además, estas dos unidades se extienden demasiado hacia el Cantábrico (hasta Bilbao la brigada y hasta Santander la división). La 5.^a está situada sobre la parte más abrupta del Pirineo, a pesar de no ser de montaña. Y la 3.^a resulta muy bien concentrada para reforzar las Baleares, pero al tono de ese sector (cinco regimientos de Infantería desde Cartagena a Valencia) habría que duplicar todas las fuerzas destinadas a los sectores anteriores.

En fin, los batallones de ametralladoras se han considerado tan sólo como unidades afectas a las reservas generales, sin apreciar su utilidad en las fronteras para la seguridad de la cobertura, y se han llevado a la costa (un batallón en Almería y otro en Castellón).

Ya lo indica Martínez Campos: ocho divisiones cuaternarias equivalen a diez u once ternarias, y supuestas a lomo en su totalidad o por lo menos en su mayor parte, fácil sería apreciar en un tanteo la mejor adaptación que se conseguiría con ese número de unidades a los objetivos que habrían de cubrir y la posibilidad de atender mejor necesidades de orden interior, puestas últimamente de relieve.

Asignando a cada división una comarca natural en la que tuvieran una situación militar definida por su posición estratégica y posibilidades logísticas, el despliegue podría ser así: La 1.^a, concentrada en Madrid y sus cantones, podría estar motorizada. La 2.^a, desde Salamanca a León. La 3.^a, en Galicia. La 4.^a, en Asturias y Santander; esta división, además de guarnecer una comarca que lo necesita por razones de orden exterior e interior, está bien situada para acudir a una u otra frontera. La 5.^a, en Vascongadas, Navarra y Logroño. La 6.^a, en Zaragoza, Huesca y Lérida. La 7.^a, en Gerona y Barcelona. La 8.^a, en Tarragona, Castellón y Valencia, muy próxima para reforzar a la anterior y a las Baleares. La 9.^a, desde Alicante hasta Almería, atendería muy bien a la base naval de Cartagena y en general a la costa Sureste. La 10.^a, desde Almería hasta el Campo de Gibraltar. La 11.^a, en Cádiz, Sevilla y Huelva. Estas tres últimas podrían reforzar rápidamente Marruecos. Y aquí se habría llegado, contando con el número proporcionado de brigadas de Caballería y de unidades necesarias para la seguridad de la cobertura y reservas generales, a un volumen equivalente al del esquema actual.

Para el sector de Extremadura no ha quedado ninguna



INFANTERÍA

Batallones

1. Ayamonte, ametralladoras.
2. Fregenal, id.
3. Olivenza, id.
4. Valencia Alcántara, id.
5. Ciudad Rodrigo, id.
6. Alcañices, id.
7. Gínzo, id.
8. Túy, id.
9. Irúa, id.
10. Aoiz, id. esquis.
11. Jaca, id. id.
12. Barbastro, id. id.
13. Tremp, id. id.
14. Seo de Urgel, id. id.
15. Ripoll, id. id.
16. Figueras, id.
17. Badajoz o Toledo, ciclista.
18. Valladolid, id.
19. Zaragoza, id.
20. Ciudad Real o Córdoba, ciclista.
21. Ibiza.
22. Canarias.
23. Sahara N., voluntarios.
24. Sahara S. id.
25. Guinea - Fernando Poo, voluntarios.
26. El Ferrol.
27. Ronda.

Regimientos

- 1-2-3. Madrid, motorizad.³
4. Salamanca.

5. Zamora.
6. León.
7. Orense.
8. Vigo-Pontevedra.
9. Coruña.
10. Oviedo.
11. Gijón.
12. Santander.
13. Bilbao.
14. San Sebastián.
15. Pamplona.
16. Zaragoza.
17. Huesca.
18. Lérida.
19. Gerona.
- 20-21. Barcelona.
22. Tarragona.
23. Castellón.
24. Valencia.
25. Alicante.
26. Cartagena.
27. Lorca-Aguilas.
28. Almería.
29. Málaga.
30. San Roque - Algeciras.
31. Cádiz-Jerez.
32. Sevilla.
33. Huelva.
34. Menorca.
35. Mallorca.
36. Las Palmas.
37. Tenerife.
38. Melilla.
39. Alhucemas.
40. Río Martín-Tetuán.
41. Ceuta.
42. Larache.
43. Badajoz.
44. Mérida.
45. Cáceres.

CABALLERÍA

Grupos de escuadrones

1. Madrid.
2. León.
3. Ponferrada.
4. Santander.
5. Bilbao.
6. Zaragoza.
7. Barcelona.
8. Valencia.
9. Murcia.
10. Granada.
11. Sevilla.
12. Badajoz.

Regimientos

1. Madrid.
2. Cáceres o Ciudad Real.
3. Mérida o Córdoba.
4. Badajoz o Sevilla.
5. Valladolid.
6. Burgos.
7. Zaragoza.
8. Barcelona.
9. Madrid.
10. Palencia.
11. Lérida.
12. Linares.

ARTILLERÍA

Grupos de baterías

- 1-2-3-4-5. Posición.
6. Aranjuez, a caballo.
7. Badajoz o Linares, id.

8. Palencia o Burgos, a caballo.
9. Lérida, id.
10. Carabanchel, información.
11. Madrid, antiaérea.
12. Barcelona, id.
13. Valencia, id.
14. Córdoba, id.
15. Valladolid, id.

Regimientos

1. Getafe, motorizado.
2. Medina, a lomo.
3. Lugo, id.
4. Oviedo, id.
5. Vitoria, id.
6. Zaragoza, id.
7. Gerona, id.
8. Tortosa, id.
9. Murcia, id.
10. Granada, id.
11. Sevilla, id.
12. Logroño, obuses motorizados.
13. Tarragona, id. id.
14. Santoña, cañones motorizados.
15. Barcelona, id. id.
16. Valencia, id. id.
17. Málaga, id. id.
18. Coruña o Ferrol, costa.
19. Cartagena, id.
20. Cádiz, id.
- 21-22. Baleares, mixto.
23. Canarias, id.
24. Marruecos, id.
25. Badajoz, a lomo.

INGENIEROS

Batallones

1. Alcalá, zapadores y transmisiones.
2. Avila, id. id.
3. Coruña, id. id.
4. Oviedo, id. id.
5. Bilbao, id. id.
6. Zaragoza, id. id.
7. Barcelona, id. id.
8. Valencia, id. id.
9. Murcia, id. id.
10. Granada, id. id.
11. Sevilla, id. id.
12. El Pardo, iluminación.
13. Barcelona, id.
14. Sevilla, id.
15. Zaragoza, pontoneros.
16. Baleares, mixtos.
17. Canarias, id.
18. Badajoz, zapadores y transmisiones.

Regt.^o Aerost. Guadalajara.
Id. 1-2 Ferrocarriles Madrid.
Regt.^o Mixto Marruecos.

INTENDENCIA - SANIDAD
TREN - PARQUES DE MUCIONES

Comandancias

1. Medina-Valladolid-Venta de Baños.
2. Torralba - Ariza - Calatayud.
3. Alcázar - Manzanares - Ciudad Real.

división de Infantería, pero en atención a las circunstancias estratégicas que concurren en esa comarca, podría destinarse una división de Caballería. Habría que organizar además dos brigadas en Valladolid-Burgos y Zaragoza-Barcelona, complementadas con grupos de ciclistas y de baterías y compañías de Ingenieros, y para fines de instrucción se les afectarían los grupos divisionarios próximos.

Una variante de este esquema podría consistir en llevar a Badajoz y Cáceres los regimientos de Lorca y Sevilla, para formar con el de Huelva la 11.^a división, incorporando Almería a la 9.^a y sustituyéndolo en la 10.^a por el de Cádiz; situando entonces en Sevilla, Córdoba y Ciudad Real los regimientos de Caballería que había en Extremadura, para formar dos brigadas con un regimiento en Madrid.

El esquema podría reforzarse, habiendo substituído esa gran unidad de Caballería por una 12.^a división de Infantería y aumentando un regimiento de Caballería a cada una de las brigadas; hay que tener en cuenta, que en tiempo de paz debe reforzarse la proporción de las unidades de Caballería por lo difícilísimo que es organizarlas en tiempo de guerra. Con esos aumentos, que pueden cifrarse en diez regimientos, se llegaría a un máximo de nuestros medios de guerra terrestre racionales; al que sin duda debería llegarse mientras exista exceso de oficialidad, dándoles *con austeridad* empleo en los destinos sedentarios que resultaran vacantes, pero de lo que no debiera pasarse con ningún pretexto, ni se explica satisfactoriamente que se haya nunca rebasado (1).

La seguridad de la cobertura y las reservas generales

Deben ser el primero y último escalón, en tiempo de paz para España, de un esquema de la defensa, y el ocuparnos de ellos al mismo tiempo es debido a que, pensando en la economía de fuerzas que debe inspirarlo, se descubre la posible dualidad de funciones para el núcleo principal de las unidades que más aptitud tiene para esos fines: nos referimos a los batallones de ametralladoras, que tan decidido panegirista tienen en el comandante Serrano; escribe él, y a nuestro modo de ver con sobrada razón, así: "Los batallones de ametralladoras son potentes organismos de producción de fuegos eminentemente aptos para combatir empleando este solo medio de acción y por lo tanto para conservar el terreno; puesto que el fuego resulta el medio más eficaz y acaso el único para una tropa que tiene una misión defensiva de detener toda progresión del enemigo y de impedir el acceso al terreno sobre el que ha sido llamado a combatir. La ametralladora no ha sido vencida,

ni una sola vez, en la pasada guerra. Ante estos hechos, cabe preguntarse si no sería conveniente para nuestro país la creación de una gran cantidad de unidades de ametralladoras para absorber el número de hombres considerable que habrían de quedar fuera de los cuadros de las grandes unidades por falta de material."

Estas afirmaciones hacen comprender la importancia que tienen, además de como elementos de reserva para taponar rápidamente los boquetes abiertos por la ofensiva, como elementos de protección para formar una cortina de seguridad de las unidades de cobertura de las fronteras. Esta idea de la seguridad de la cobertura ha sido enunciada en Francia por el general Targe, y desde el año pasado han empezado a organizarse autónomamente con tropas de Infantería, Artillería e Ingenieros. En nuestra patria no podrá quizá hacerse con tanta amplitud de medios como en la nación vecina, y puede que no sea necesario, teniendo en cuenta las circunstancias que concurren y dan carácter a nuestras fronteras; podría limitarse a los batallones de ametralladoras, con reclutamiento comarcal que hiciera rápida la movilización de sus reservas y encontraran su armamento en depósitos emplazados en las compartimentaciones del terreno que hubieran de defender; tendrían también ese carácter las unidades de posición de Artillería que guarnecen las fortificaciones, no haciendo falta pensar en unidades móviles, que complicarían el municionamiento sin compensarlo con su eficacia, ya que, como dice el teniente coronel Ungría: "El reglamento suizo, hecho para batirse en montaña contra fuerzas superiores y mejor armadas, recomienda que no se lleve nunca la Infantería a remolque de la Artillería, y advierte que la falta de este arma no justificará nunca su inacción, debiendo estar siempre dispuesta para batirse sola, tanto en la defensiva como en el ataque." Y aquí sólo se trata de unas unidades que amparadas en terreno abrupto y con escasas vías de comunicación, no habrían de tener otra misión que establecer barreras de fuego que contengan el avance enemigo para dar tiempo a que acudieran las divisiones orgánicas a establecer una resistencia más sólida en las posiciones más fuertes de las fronteras.

Por las mismas razones, no parece necesario recurrir a tropas especiales de Ingenieros que colaboraran con ellas; en todo caso, podría pensarse en destacar oficiales de esta arma a esos batallones que instruyeran especialmente alguna sección de los mismos para realizar algunas destrucciones de importancia y ejecutar algunas obras que pudieran necesitar para sus emplazamientos.

Fácil es comprender que los batallones de ametralladoras así desplegados no imposibilitan su empleo como reservas, pues descartando el absurdo de una guerra en las dos fronteras, los de cada una de ellas constituirían una reserva para la otra. Ahora que habría que aumentar su número, compensándolo con otras reducciones.

En nuestra organización no se podrá pensar en constituir orgánicamente las tropas y servicios de agrupaciones superiores a las divisiones, sencillamente porque no se piensa en organizar éstas; no quiere decir esto que no hayan de existir, pero tendrán que considerarse como pertenecientes a las reservas generales, aunque se tuviera pre-

(1) Hay que hacer notar, que en las cinco divisiones enumeradas primeramente no sería factible variar su número, haciéndolas cuaternarias, sin descajar el esquema, por lo definida que está la localización de sus objetivos; en cambio, en las siguientes, sí entraría en lo posible reducirlo sin romper la unidad estratégica y logística de las divisiones, haciéndolas cuaternarias (incorporando Tarragona a la 7.^a ó 6.^a; organizando una, desde Castellón hasta Murcia; otra, desde Almería hasta Cádiz, y una última, desde Sevilla hasta Cáceres), siempre con las naturales desventajas de este tipo de división, aun cuando se redujera su volumen al aumento de un regimiento de Infantería y un grupo de Artillería.

establecido cómo hayan de afectarse algunas a los grupos de divisiones que se constituyeran.

Organizados los batallones de ametralladoras en número suficiente, es con la Artillería con lo que habría principalmente que contar, aunque no en la medida necesaria para todas las necesidades de una campaña; pues, como dice atinadamente el teniente coronel Varona: "la Artillería orgánica constituye sólo la proporción mínima con que un ejército puede iniciar una campaña", y nosotros no podríamos elevarla mucho porque no podríamos municionarla, pues, como dice el teniente coronel Aspe: "se confeccionan unos planes de fuego y se señalan en los ejercicios unos consumos de municiones que a fuerza de incluirlos sin comentario alguno en todos los temas, llegan a dar la sensación de que se ignora o no se da importancia a la incapacidad en que realmente nos encontramos para atender consumos, no iguales, sino inferiores a los que se manejan en el papel, no sólo por insuficiencia de las fábricas militares, sino también a causa de la movilización de las industrias civiles, que habrían de cooperar a la fabricación del material de guerra". Dificultad, por falta de capacidad industrial, que se centuplicaría con el entorpecimiento que en una guerra futura impondría la Aviación, tanto a la fabricación misma como a su transporte al frente. Estas reservas podrían consistir en cuatro regimientos de cañones motorizados, dos que podrían ser del mismo calibre que los obuses divisionarios, para que, como dice el coronel Cabanyes, se simplifique el municionamiento, y los otros dos del mismo calibre que los obuses de gran potencia; los regimientos de cañones podrían destinarse a las poblaciones más importantes de la costa para rechazar ataques fortuitos de unidades navales ligeras y los de obuses, próximos a los Pirineos.

En Ingenieros habría que considerar como tales reservas: las unidades de pontoneros, aerostación y ferrocarriles; de iluminación habría que organizar hasta tres unidades, afectas principalmente a los centros que se considerara que habrían de defenderse con unidades de caza.

En las islas habría indudablemente que aumentar: dos batallones, uno para Ibiza y otro para las islas Canarias, que no tiene guarnición; formar dos regimientos mixtos de Artillería en Baleares y proveer de mandos de regimiento a los grupos de Artillería de Canarias y de batallón a los grupos de Ingenieros de ambos archipiélagos, pues la defensa y los servicios de las islas requieren cierta unidad de mando. En Africa, la variación habría de ser mayor: llevar las tropas europeas a las plazas de la costa, para formar con ellas sólidas cabezas de desembarco, aumentar las mías maghzenianas de policía, suprimiendo las mehallas, y situar estratégicamente en campamentos interiores a las fuerzas regulares indígenas para respaldar inmediatamente la acción de la policía—que debería seleccionar de ellos su reclutamiento—, apoyados cuando fuera necesario por un par de escuadrillas establecidas en las plazas guarnecidas por tropas europeas, y formar dos regimientos mixtos con las unidades de Artillería e Ingenieros; en fin, batallones sueltos en Sahara y Guinea.

Incluimos un croquis con una leyenda, quizá excesiva, pero necesaria para dar idea del detalle del tanteo. La

numeración dada a las unidades no es más que un artificio expositivo para facilitar, y en sus emplazamientos no se ha tenido en cuenta los cuarteles existentes, pues sólo se trata de un tanteo que hiciera ver las posibilidades del despliegue.

* * *

Y no podría pensarse en rebasar estas cifras; las reformas de Azaña tuvieron el acierto enorme del volumen—exagerado desde luego tratándose de una reducción—, pero era de tal importancia reducir el que había, que mereció aquella apoteosis del Congreso a pesar de la ligereza con que se redactaron; en primer término, no poniendo el tope de unas plantillas a la ley de retiros, lo cual dió origen en ciertos empleos de algunos cuerpos, a que se produjera falta de personal, pagando en cambio un exceso que no se iba a utilizar; no compaginándolo con una rebaja de edad necesaria para los mandos de tropas y un número reducidísimo de destinos propios de una *primera situación de servicio activo* y con escala de sueldo por años de servicio para compensar el retraso de los ascensos, dejando los sedentarios para una segunda situación; y más aún, que eludiendo la intervención del Estado Mayor Central, se dió una organización a las tropas, que como se ha visto no responde a las necesidades de nuestra defensa; por eso la obra constructiva resultó un fracaso, que corre parejas, con otras anteriores redactadas también por camarillas.

Con exceso de oficialidad que se está pagando, el efectivo anual del reemplazo debería distribuirse en el mayor número de unidades que permitiera un plan *racional y verídico* de nuestra defensa, número que no tiene nada que ver con aquella cifra absurda y fantástica que figuraba antes en los anuarios y no hubiera habido en la vida forma humana de nutrir; no más mentiras; pero dentro de esos límites, mientras el sobrante exista, el reducir las unidades es disminuir el encuadramiento de las tropas, sin obtener economía apreciable; y esto no puede calificarse más que de torpeza, incomprensión e insinceridad. A pesar de tener un concepto eminentemente aéreo de lo que será una guerra futura y de la modalidad que debería adoptar nuestra defensa, en las actuales circunstancias hay que declararlo así.

¿Quiere esto decir que, para los que piensan en las variaciones que la nueva arma aeroquímica, como la denomina Douhet, impondrá en la participación de las fuerzas de superficie en una guerra futura, y para los que consideran que el problema militar de España estriba principalmente en hacer respetar nuestra neutralidad o libertad de decisión en un conflicto internacional, y que por no pesar una amenaza sobre nuestras fronteras, no hay por qué pensar en una cobertura cerrada, sería este el esquema permanente proporcionado al volumen que habrían de tener las otras y adecuado a nuestras necesidades militares y posibilidades económicas? No, ni mucho menos. A nuestro modo de ver no podría pensarse en reducir ni una tilde en nuestras guarniciones de las Islas, Marruecos ni en las de seguridad de la cobertura de la Península, ni en las unidades de Artillería e Ingenieros, destinadas a la

defensa contra aeronaves; pero las divisiones podrían reducirse a seis y cambiar la estructura de su despliegue, haciéndolo lo más concentrado posible; verbigracia, Madrid, Lugo-Ferrol, Bilbao-Vitoria, Barcelona, Valencia-Cartagena y Málaga-Algeciras-Cádiz-Sevilla; las brigadas de Caballería a tres en Valladolid, Zaragoza y Extremadura; a tres los regimientos de Artillería pesada, a lo largo del Ebro, y en una posición central las unidades de Ingenieros proporcionadas de las reservas generales; conservando un cupo de cien mil hombres.

Y esto lo consideramos como un límite mínimo que habría que defender tenazmente en una conferencia del desarme; límite superior al de cuatro divisiones de instrucción que estima el ilustre general Ruiz Trillo como suficiente para este fin y el de servir de madre y solera para los su-

cesivos desdoblamientos de que habla en su breve y sustancioso opúsculo sobre "El Ejército del porvenir" publicado en la *Colección Bibliográfica*.

Pero para llegar a esto habrían de producirse varias circunstancias: ineludiblemente, la desaparición natural del exceso de oficialidad sobrante con el dispositivo actual, cuyo plazo no será inferior a quince años; mejoramiento de la situación internacional, y adaptación a las nuevas ideas de las organizaciones similares extranjeras.

Y con esta desaliñada exposición, creemos haber cumplido el propósito de dar cuenta a los lectores de la revista de la encuesta de *Estudios Militares* y haber demostrado a nuestros compañeros del Ejército el interés y la comprensión que tanto nos regatean, pero que sentimos por sus problemas y en general por su intervención en la guerra.

MAS DE TRES MILLONES DE LIBRAS DE AUMENTO

El presupuesto del Aire británico

EN los primeros días de marzo, es decir, antes de hacerse público el rearme de Alemania, fué presentado al Parlamento inglés el presupuesto del Aire para 1935.

Este presupuesto, que ya en 1934 experimentó un aumento de más de medio millón de libras (continuación de la política de aumentos registrada en los últimos diez años), viene ahora incrementado con la importante cifra de 3.685.500 libras (unos 140 millones de pesetas), diferencia que supera con mucho a las mencionadas de años anteriores.

Los principales aumentos corresponden a los capítulos de material técnico y de guerra, cuyo aumento global asciende a 782.000 libras; esta cifra es la resultante de deducir las reducciones aplicadas a unas partidas del total de aumentos practicados en otras; así, para la construcción de aviones y repuestos se aumentan 1.010.000 libras, cerca de 400.000 para motores y 204.000 para armamento y municiones.

Tiene también un importante aumento el capítulo de obras, construcciones y terrenos, dotado este año con más de 3.000.000, de los que 1.470.000 libras son de aumento. Indica esta cifra la tendencia a acelerar la instalación de infraestructuras que sirvan de base a las nuevas unidades aéreas.

Los haberes del personal de la R. A. F. vienen aumentados también en 337.000 libras.

El capítulo de acuartelamiento, suministros y transportes viene aumentado en 143.000 libras.

La consignación de la Fleet Air Arm (Aviación embarcada) ofrece asimismo un aumento de 520.000 libras.

Entre las reducciones principales figuran 121.000 libras menos en el capítulo de establecimientos de investigación y experimentos, 47.000 en combustibles y 9.000 en embarcaciones menores.

Se advierte que mientras la partida de armamento viene aumentada en 30.000 libras, la de municiones lo ha sido en 174.000, lo que parece indicar que se han de efectuar abundantes ejercicios de tiro.

La partida destinada a la adquisición de células de aviones asciende a 3.577.000 libras (135 millones de pesetas); el complemento de esta partida es otra de 2.246.000 para motores e instrumentos de a bordo (85 millones de pesetas).

Las cantidades que de esta consignación parecen deducirse

son 2.000 libras como precio medio de una célula biplaza sin motor, y 20.000 libras para un gran avión de bombardeo. Como el número de éstos es muy pequeño en proporción con el de los biplazas y triplazas, cabe suponer un promedio de 3.000 libras por aparato, que de ser exacto, elevaría el número de nuevos aviones a 900 ó 1.000.

Esto, por lo que se refiere al material. En cuanto al personal, la plantilla incluida en el presupuesto muestra un aumento de 2.000 hombres, de los que 1.300 son aprendices y voluntarios, 500 oficiales en comisión y 100 oficiales de plantilla.

Los efectivos totales de la R. A. F. se cifran en 33.000 hombres. Las reservas cuentan con 13.250, de los que 2.250 son pilotos. Además hay otros 75 hombres en reserva especial.

En resumen, el presupuesto neto asciende a 20.650.000 libras, a las que hay que agregar los pagos consignados con cargo a otras secciones del presupuesto, que ascienden a 3.201.100 libras, por lo cual la cifra real de los gastos de Aviación conocidos se eleva a 23.851.100 libras esterlinas, o sea unos 870 millones de pesetas.

Estado comparativo de los presupuestos de 1934 y 1935, en libras esterlinas.

CONCEPTOS	1934	1935
Haberes, etc., de la R. A. F.....	4.210.000	4.547.000
Acuartelamiento, transportes, etc...	1.490.000	1.633.000
Material volante y de guerra	7.220.000	8.002.000
Edificios, obras y terrenos....	1.675.000	3.145.000
Servicio sanitario.	295.000	298.000
Instrucción y entrenamiento.....	373.000	422.000
Fuerzas auxiliares y de reserva....	394.000	470.000
Aviación Civil y Comercial.....	513.000	595.000
Servicios de Meteorología y otros..	341.000	381.000
Ministerio del Aire.....	657.000	752.000
Medias pagas, pensiones, etc.....	393.000	405.000
Consignaciones en otros capítulos..	2.604.600	3.201.000
<i>Total del presupuesto.....</i>	<i>20.165.600</i>	<i>23.851.000</i>